E mail. wschool@gercon.com.br

VIVIR PARA LOS DEMAS: LA FAMILIA, LA PATRIA, LA HUMANIDAD

EL TRÁNSITO

Á LA

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE



SANTIAGO
IMPRENTA CERVANTES
CALLE DEL PUENTE, 15-D
—
1884
AÑO 96° DE LA GRAN CRISIS

INTERLOCUTORES

ISABEL, HERMANA DE CARLOS

LUISA, HERMANA DE AGUSTÍN

CARLOS, LIBRE PENSADOR

AGUSTÍN, SACERDOTE CATÓLICO

EMILIO, APÓSTOL POSITIVISTA

PRIMERA PARTE

ISABEL *(sola)*

¿Qué debo hacer en mi situación? Me vienen deseos invencibles de refugiarme en un convento. El mundo me enferma con su escepticismo y su inmoralidad. Todo lo que purifica y ennoblece á las almas está hoy proscrito. Temo, á veces, que perezca la virtud en medio de tantos enemigos. Yo no me siento con fuerzas para seguir bajo esa influencia peligrosa. Me ahogaría la impiedad. Pero Carlos se opone á mi anhelo de ser monja, insistiendo en que debería casarme con su amigo Daniel. Jamás consentiré en ello. Su espíritu irónico me hace daño. No podría formar con él esa profunda unión de las almas, sin la cual sería para mí una tortura el matrimonio. Ni con él, ni con nadie me casaré, porque los hombres están ahora desprovistos de la fuerza moral que los haría dignos compañeros de las mujeres. No saben amarnos, puesto que no nos respetan, burlándose de nuestras creencias. Hasta mi hermano, con ser una noble naturaleza, ha sido contagiado por el mal y

me repite á menudo que la época de la religión terminó para siempre. Por eso mira también como un capricho mis deseos. ¡Ah, cuánto se engaña! Si en el mundo existiera más religión, yo no querría irme á un claustro. Pero la impiedad hace tanto camino que va penetrando aun dentro del catolicismo. En los templos, esos recintos augustos, he oído con tristeza muchos sermones dictados por la cólera y no por el amor. Parece que los sacerdotes no tienen ya el poder de persuadir; nuestros corazones quedan fríos al escucharlos; ellos no saben conmovernos. Espero hallar en el retiro de un convento esa santidad de vida que necesita mi alma. Ahí trabajaré gozosa en compañía de seres que se fortifican unos á otros para subir al bien. Mi virtuoso confesor me ha recomendado que estudie suficientemente mi naturaleza antes de enclaustrarme. Si la condición presente del mundo hubiera de cambiar, yo desistiría de mis propósitos. Mas, este mismo sacerdote que es uno de los que personifican todavía la religión por su profunda moralidad y la santa unción que inspira toda su existencia, se desanima al considerar los avances irresistibles de la impiedad y abriga temores para el porvenir. Y cuando los hombres más fuertes no pueden detener el torrente, ¿qué haría yo débil mujer? No sirviendo para nada en el mundo, voy á encerrarme en un convento, donde trataré de perfeccionar mi alma. Habría deseado antes de tomar el hábito, ver unido á Carlos con la angelical hermana de mi confesor. Pero Luisa aunque simpatiza con las bellas prendas de mi hermano, se retrae á causa de su irreligión, y no se atreverá tal vez nunca á ser su esposa.

Carlos *(llega)*

Querida hermana, acabo de tener una conversación que me ha dejado muy caviloso. ¿Te imaginarías que estoy á punto de creer que la religión no puede extinguirse jamás? El señor Emilio, á quien consideraba un iluso, no conociéndole más que de oídas, me ha hecho la historia de la religión, en pocas palabras, demostrándome que élla es en todos los tiempos el guía del hombre hacia la virtud. "Su forma—concluía diciéndome—puede cambiar, pero su esencia y su destinación es siempre la misma. Hoy, cuando muchos creen que va á perecer, experimenta sólo una profunda transformación para adquirir su constitución definitiva, haciéndose el depósito sagrado y eterno de la más sublime moral. Esa transformación ha sido hecha ya doctrinariamente por el más grande de los hombres, Augusto Comte, reemplazando el teologismo con el positivismo. Pero queda por hacer la transformación práctica de la opinión universal, labor que requiere tal vez el concurso de varias generaciones". Ahora comprenderás, hermana mía, que mi irreligión esté vacilante. Yo le referí, en seguida, cómo te hallabas tú empeñada en irte á un convento sin que yo pudiera disuadirte. "Su hermana de usted,—me contestó—debe ser una de esas naturalezas escogidas que en su aspiración al bien tratan de huir de un mundo en descomposición moral. Ellas serían el más firme sostén del positivismo, que viene á remediar la situación, si llegasen á conocerlo. Pero, por desgracia, los que las rodean, padres, hermanos y esposos, se ríen de lo que debieran respetar y calumnian indignamente esa doctri-

na suprema. La mujer en su natural modestia no puede sobreponerse á los hombres de su familia, tratándose de lo que apenas surge, salvo que cuente con el apoyo de quien le inspire bastante afecto y confianza para ser su esposa». ¿Qué piensas, hermana Isabel, de todo ésto?

Isabel

No sé qué pensar, Carlos, pero estoy muy impresionada con lo que me has dicho. Creo presentir que eso envuelve grandes cosas y que el mundo va á ser regenerado. El cambio que se ha hecho en tí que eras tan irreligioso significa mucho para la extinción de la impiedad. Desearía oír yo misma al apóstol de esas nobles ideas.

Carlos

Le pediré que venga a conocerte. Espero que su presencia aquí ha de sernos muy favorable. Me parece que lo veo disuadirte de encerrarte en un convento y vencer, por otra parte, las resistencias de tu inseparable amiga á ser mi esposa. Esto haría mi felicidad, pues Luisa me tiene cautivo con la dulzura y la nobleza de su alma.

Isabel

Yo deseo mucho que sea tu esposa, porque nadie perfeccionaría como ella tu corazón. Pero creo que no se habría resuelto jamás á unirse contigo por tu inveterado escepticismo. Ahora recibirá la más grata noticia cuando le diga que vienes á la religión

Carlos

Hasta luego, hermana mía. Volveré si es posible con el señor Emilio.

Isabel *(sola)*

Me siento otra de lo que era. El sombrío porvenir que me hacía alejarme del mundo se ha disipado. Ya no pienso en enclaustrarme... ¿Qué es lo que pasa en mi alma? ¿Qué significan estos impulsos de mi corazón? Por lo que me ha dicho Carlos del señor Emilio, tengo más confianza en él que si fuera un antiguo amigo. Me parece dotado de un sentido moral tan profundo que seguiría sin vacilar todos sus consejos... Detente, aspiración, que eso sería demasiado! ¿Sé, por ventura, si él se fijará en mí? ¿Cómo sueño ser su esposa? ¡Poder irresistible de la virtud! lo que no había sentido por ninguno de los amigos de mi hermano, me lo inspira ahora una persona que no he visto aún.

Luisa *(llega)*

Isabel, estás muy conmovida. ¿Qué te sucede?

Isabel

¡Ah Luisa! me sorprendes en una especie de delirio. Estaba pensando en quien no conozco todavía, pero que ha hecho algo tan grato para mí como lo será para tí. ¿Lo creerías? Carlos se halla casi convertido á la religión.

LUISA

No podías darme una noticia más inesperada y agradable. Carlos era tan extraño á la religión, que me parecía inconvertible. Eso me contrariaba mucho porque, aunque le correspondo su afecto, no podía decidirme á ser su esposa. Educada en una familia profundamente religiosa y con un hermano como Agustín que ha sido un sacerdote desde niño, por la veneración y la bondad de su alma, no sospecha Carlos todo el daño que me hace con su escepticismo. A veces me siento tan alejada de él por sus irreverentes palabras, que creo habríamos sido ambos desgraciados si nos hubiéramos unido en matrimonio. ¿Pero cómo se ha efectuado su transformación?

ISABEL

No sabría darte cuenta exacta. Pero es lo cierto que una conversación con el señor Emilio, persona que acaba de conocer, lo ha curado de su escepticismo. Ya no piensa que la época de la religión terminó para siempre, y el cambio operado en su espíritu anuncia su completa conversión.

LUISA

El señor Emilio que ha hecho lo que ya me parecía imposible ¿es algún sacerdote católico?

ISABEL

No es un sacerdote, pero es un apóstol de la religión

que cree posible la extirpación de la impiedad y que trabaja por conseguirla.

LUISA

Es raro que mi hermano Agustín no me haya hablado nunca de él.

ISABEL

No puedo explicármelo. Pero el señor Emilio intenta afianzar la religión purificándola. Y la saludable influencia que ha ejercido en mi hermano me inspira plena confianza en sus propósitos.

LUISA

¡Cuidado, Isabel! ¡Quién sabe si no es católico y por eso ha ganado tan fácilmente á Carlos! Querida amiga, en tu vehemente naturaleza te dejas arrebatar luego por lo que crees el bien. Serías capaz de sufrir el martirio por llegar á la virtud. Te he hallado siempre una singular semejanza con Santa Teresa. Cuando leo sus escritos me parece que te oigo á tí. Veo en ella tus mismos generosos ímpetus por el perfeccionamiento moral. Y me imagino que si tú hubieras vivido en la época de esa gloriosa mujer habrías alcanzado su santidad. Pero en los malos tiempos que corren debemos aspirar á menos, contentándonos si somos fieles al catolicismo, aunque no podamos subir á esa altura. El torrente de la impiedad adquiere tanto cuerpo y toma aspectos tan engañosos que, seríamos tal vez arrollados por él, si nos

apartáramos á ver lo que hay fuera de nuestra doctrina. Y nadie estaría más expuesta que tú, Isabel, con el corazón ardiente y entusiasta que posees, precipitándote en el abismo si no eres detenida á tiempo por un buen consejero. Desearía por eso que Agustín examinase estas cosas.

ISABEL

Carlos no debe tardar en venir con el señor Emilio. Adviértele tú en seguida á tu hermano lo que pasa, que yo veré modo, entre tanto, de que él pueda juzgar por sí mismo del apóstol en una entrevista.

LUISA

Confío en que tú tendrás un poco de paciencia hasta saber la opinión de Agustín.

ISABEL

Te lo prometo.

LUISA

Adiós, Isabel. Me voy sin miedo de que te dejes persuadir por el señor Emilio anticipadamente.

ISABEL *(sola)*

¿Por qué, á pesar de la promesa que he hecho á Luisa, persiste en el fondo de mi alma la firme confianza en el señor Emilio? ¿De dónde viene que no pueda concebir

que algo malo exista en él? Me inspira una fe invencible en que no ha de llevarme sinó á la virtud. Pero antes de seguirlo esperaré el juicio del señor Agustín, si bien no dudo de él, pues esos dos nobles seres habrán de comprenderse. Si logro que tengan una entrevista, me parece que los veo unirse para vencer la impiedad con la más pura religión.

CARLOS *(llega con Emilio)*

Isabel, agradece al señor Emilio la conversión de tu hermano, pues ya ha destruído por completo mi irreligiosidad.

ISABEL

No sé, señor, cómo manifestarle todo el valor que eso tiene para mí. Le ofrezco como una débil muestra de mi gratitud la más respetuosa amistad.

EMILIO

La acepto aunque es demasiada recompensa para lo hecho. El señor Carlos ha venido por sí mismo a la religión desde que la viera de acuerdo con la ciencia. Su noble naturaleza estaba solamente desviada por conceptos erróneos; pero conservaba en el fondo á pesar de su descreimiento la veneración, ese precioso atributo de nuestra alma, que hace susceptible de regenerarse un día ú otro á todo el que la posea. Su irreligiosidad era sólo de circunstancias, sin tener el carácter incurable que toma en los infelices dominados por la soberbia. Y

la brevedad de su conversión revela su profundo instinto del bien. La marcha que yo tuve que hacer es muy diferente. Aunque hijo de una santa madre de quien recibí la más pura educación, me dejé influir por el escepticismo que anda hoy por todas partes. Sin embargo, hubo un momento en que imaginé realizar una especie de reforma en el catolicismo. Mi emoción fué viva, pero pasajera. El escepticismo siguió invadiéndome hasta que se apoderó por completo de mi espíritu. Entonces llegué á pensar que era menester destruir la religión para hacer la felicidad del género humano. Ahora lo recuerdo con horror y no puedo sustraerme á un tardío arrepentimiento, mi madre murió cuando me consagraba á esa impía tarea, habiendo ella tratado en vano de disuadirme. La época de mi irreligiosidad duró siete años, en los cuales debo haber hecho mucho mal con mis conversaciones y mis escritos. De tal manera se había secado mi alma, que perdí todo respeto á la veneranda Prioridad. Me paseaba insolentemente por la historia de la Humanidad desconociendo á muchos de nuestros benefactores. Y en semejante estado de perversion moral creía servir a la Posteridad. Fuí sacado felizmente de ese abismo por Augusto Comte. Este hombre único había muerto ya, pero su alma está viva en sus libros imperecederos. Leyendo, sobre todo, la Política Positiva en que instituye la Religión de la Humanidad, se disiparon poco á poco las tinieblas de mi espíritu. Ahí recobré la perdida veneración que me infundiera mi inolvidable madre, y comprendí con cuanta razón quería apartarme de mis inmorales propósitos. Ví también en ese libro que lo abarca todo, y lo explica todo, que la

Religión es la augusta salvaguardia de la sociedad. Ella disciplina al individuo, consolida la Familia, armoniza la Patria y liga á todos los pueblos con el amor universal. Esa es su tendencia más ó menos vaga en sus diversas formas preparatorias, pero hoy, en su pleno desarrollo, establece netamente el fin supremo á que propende. En verdad, la Religión ha sido formada por los más nobles sentimientos del hombre. En ella se condensan todas las sublimes aspiraciones al bien que surgieran en el corazón de los mortales. Por eso nada hay más conmovedor que el lenguaje de los libros religiosos, lenguaje que yo olvidé por tanto tiempo. En mi funesto decaimiento moral lo hallaba incomprensible. Mas ahora ese es mi estudio habitual, donde á la vez que aprendo el camino de la virtud encuentro la fuerza para seguirlo. Los maestros á que acudo con más frecuencia son los grandes místicos. De Santa Teresa y Fray Luis de Granada tengo recibidas ya muchas felices inspiraciones, y especialmente esa divina mujer me ha consolado y fortalecido en más de una tribulación. Pero lo que hace por excelencia mi lectura diaria es la Imitación. Este libro de las almas fuertes encierra un tesoro inagotable de santos y viriles pensamientos. Quien lo lea, por grande que sea su abatimiento, por desesperada que sea su situación, hallará siempre ahí luz, remedio y vida, con tal que no se preocupe de los castigos y las recompensas en un otro mundo, esa policía teológica provisional que repugna ya á todos los seres virtuosos.

ISABEL

Siempre me ha parecido imperfecta la práctica del

bien por el temor de una pena ó la esperanza de un premio. La virtud tiene por sí misma demasiado atractivo. Nunca somos más felices que cuando nos dominan los nobles sentimientos que llevan a las nobles acciones. Pero hoy es tal el imperio de la malevolencia, que muchas almas ocultan sus bellos afectos sofocándolos á veces por no exponerlos á la pérfida ironía.

EMILIO

Tan triste estado de cosas desaparecerá luego bajo la santa influencia de la Humanidad, personificada en la pura imagen de la Virgen Madre. Esta sublime creación de la Edad Media, debida al culto de los caballeros por la mujer, preparó la religión final de los mortales. Nada puede encarnar mejor la providencia infinita de la Humanidad que la Utopia de la Virjen Madre. Al invocar su augusto nombre, resumen de todas las perfecciones, los malos instintos huirán avergonzados. Y el egoísmo será hollado por el altruismo, cuando el vicio no quiera regenerarse. Pero la fuerza de la benevolencia es tan poderosa, que personas muy soberbias habrán de arrodillarse respetuosamente ante la Humanidad. Entonces se verá suceder á la horrible anarquía actual una era de armonía creciente que no terminará jamás. Los hombres rivalizarán en una noble emulación de perfeccionamiento individual á fin de llenar mejor sus funciones sociales. La ciencia en vez de secar los sentimientos no hará sino afianzarlos. Y la virtud será siempre el fin supremo de todos los estudios y de todos los esfuerzos.

ISABEL

Lo que usted dice me eleva el alma, inspirándome una gran confianza en la suerte futura de la Humanidad, que yo creía en peligro. Pero estoy sujeta por una promesa á esperar la opinión de mi confesor antes de aceptar las nobles ideas de usted. ¿Tendría usted algún obstáculo para conversar con el señor Agustín que es un sacerdote muy respetable por su profunda moralidad?

EMILIO

Me propone usted precisamente lo que era muy deseado por mí. Hace mucho tiempo que me empeño por encontrarme con un sacerdote como el que usted me indica. Pero ello me había sido imposible á causa de las preocupaciones que rodean á toda doctrina nueva. Una vez creí, sin embargo, conseguirlo, pensando que me sería dado acercarme á cierto sacerdote de gran corazón, por el intermedio de un pariente suyo á quién tuve ocasión de conocer. Mas, como hiciera la insinuación, ví que el dicho pariente se imaginaba que yo quería entablar polémica y hube de abandonar mi propósito. Tan decaída está hoy la investigación sincera de la verdad y el bien, y en cambio se habla y se discute tanto artificiosamente, que es muy difícil la unión de todas las naturalezas rectas y nobles en la religión demostrable. Pero la feliz inspiración de usted me hace esperar que se acorte el camino á esa benéfica unión, porque presiento que el señor Agustín ha de convertir muchas almas á la Humanidad.

ISABEL

Carlos se encargará entonces de ver al señor Agustín para arreglar la entrevista con usted.

EMILIO

Si el señor Agustín acepta la entrevista, pase, señor Carlos, á buscarme cuando quiera. Ahora permítanme retirarme dejando aquí mi más profunda simpatía.

CARLOS *(con Isabel)*

Isabel, ¿quieres que te diga mi pensamiento? Tú vas á ser la esposa del señor Emilio.

ISABEL

Carlos, no des alas á mi loca esperanza. Yo le tenía afecto al señor Emilio desde que tú me hablaste de él, pero ya que lo he visto y oído mi alma es toda suya. Me sentía purificada y ennoblecida con su presencia y sus palabras. Nunca había experimentado emociones tan gratas. Yo me perfeccionaría mucho si fuese su esposa, aunque eso sería demasiada felicidad para mí.

CARLOS

No lo dudes, hermana mía. Tú serás quien endulce su laboriosa existencia. La tarea en que el señor Emilio se halla empeñado, con ser santa, no deja de tener gran-

des dificultades. Nadie necesita más que él de una esposa que lo sostenga moralmente y lo aliente á proseguir su obra. Pero si tú has de ser su eterna compañera yo seré para él un verdadero amigo que lo defenderé siempre de las torpes calumnias con que se intenta desprestigiar su persona y su doctrina. Nunca le podré agradecer bastante al señor Emilio el bien que me ha hecho. El resucitó en mi alma todas mis nobles aspiraciones de otro tiempo muertas por el escepticismo, mostrándome la vía segura de la verdad y la virtud en la religión de la Humanidad. Ya conozco dónde está el deber y sé el modo de perfeccionarme sin cesar. Tengo también la clave para apreciar quiénes son mis amigos y quiénes nó, qué relaciones he de conservar y cuáles nó. Los que se obstinen en desechar la religión de la Humanidad darán pruebas de un egoísmo incurable que los hace indignos de toda amistad. Este noble sentimiento no puede ser experimentado ni inspirado por éllos. La verdadera amistad consiste en la unión de las almas que buscan el bien. Fuera de eso, no cabe más que la falsa amistad que empequeñece y corrompe. Pero suspendamos, Isabel, nuestra conversación porque ya es hora de que vaya donde el señor Agustín, para obtener su entrevista con el señor Emilio.

SEGUNDA PARTE

EMILIO *(solo)*

¡Qué bella imagen de la Humanidad he visto en Isabel! ¡Cuánta ternura y veneración en su mirada! La aureola de la virtud resplandecía en su frente. Pero su voz impresiona si es posible más que su fisonomía. Nunca había oído acentos tan dulces y penetrantes. Ellos revelaban el intenso amor al bien y la abnegación infinita de esa alma privilegiada. Todavía resuenan sus palabras en mi corazón como está vivo su semblante en mi mente. ¡Angel de luz que he encontrado en mi camino para apagar la sed de santos afectos que me consumía, tu recuerdo me purifica y ennoblece! Veo disiparse bajo tu suave influjo la triste sequedad en que yacía a causa de los contratiempos de la propaganda, miro ya con benevolencia á los injustos adversarios del positivismo y deseo abrazarlos aun, porque el altruismo los hará nuestros hermanos, si no á éllos, á sus hijos. ¡Te

bendigo y glorifico, Isabel, por haberme transformado así!

(Llegan Carlos y Agustín)

EMILIO

Señor Carlos, siento mucho que usted haya permitido que el señor Agustín se moleste en venir á casa, debiendo ir yo á la suya si él aceptaba la entrevista.

AGUSTÍN

Vengo á rendirle á usted homenaje por la transformación operada en Carlos y á conocer las ideas que han hecho ese prodigio.

CARLOS

Yo me retiro para que la entrevista de ustedes tenga toda la expansión posible.

EMILIO *(con Agustín)*

Señor Agustín, se cumple en este momento un antiguo deseo mío, el de encontrarme con un digno representante del catolicismo. La sola presencia de usted aquí, me imagino que anuncia el tránsito de las nobles almas de esa religión al positivismo.

AGUSTÍN

Sin duda, señor Emilio, se forma usted una ilusión

extraña. La doctrina que conduce á la virtud siempre será superior á la que conduce á la ciencia. Y para manifestar todo mi pensamiento, los más grandes sabios positivistas me parecen pequeños al lado del menor de los santos.

EMILIO

Estoy perfectamente de acuerdo con usted. Y nada más cierto que lo que dice el gran San Pablo: la ciencia hincha, pero la caridad edifica. Mas el positivismo no es sólo la ciencia, como se cree generalmente; es tambien la moral. Esa doctrina fundada por Augusto Comte ha tenido dos fases. En la primera las ciencias coordinadas pasan á ser filosofía, en la segunda la filosofía es transformada en religión. El positivismo en su constitución definitiva abarca el saber y la virtud y los hermana para siempre. Bajo esa doctrina tan verdadera como santa, el estudio no es más que el camino para llegar al bien.

AGUSTÍN

Confieso que me sorprende mucho lo que usted me dice. Jamás hubiera imaginado que eso era el positivismo. Pero no concibo cómo puede esa doctrina establecer la moral.

EMILIO

Me hace usted precisamente la pregunta que resume el problema humano. Al fundar San Pablo el catolicismo, lo primero que hizo fué echar las bases de la moral. Para ello excogitó su célebre teoría de la naturaleza y la

gracia. Por la primera, á juicio de ese incomparable apóstol, vamos al vicio; por la segunda á la virtud. La naturaleza es patrimonio nuestro, la gracia beneficio de Dios: aquélla nos abate y corrompe, ésta nos levanta y purifica. Orad continuamente decía San Pablo á sus discípulos y él era el primero en dar el ejemplo de la la santa oración, ese ejercicio interno de la virtud que prepara á todas las buenas acciones. El mundo siguió las huellas de San Pablo, haciendo grandes progresos en el bien. Llega, sin embargo, un momento en que el desarrollo de la ciencia zapa la concepción teológica del catolicismo, y su moral carece entonces de base. La gracia de Dios se disipa y queda sólo la naturaleza con todos sus vicios. Pero surge el positivismo bajo la inspiración del genio de Comte y la moral se reconstituye y se afianza eternamente. La teoría provisional de la naturaleza y la gracia es reemplazada por la teoría definitiva del egoísmo y el altruismo. Estas palabras significan la doble tendencia al mal y al bien que lleva consigo cada individuo en grados diversos, á la cual nadie puede sustraerse. Cuando San Pablo prorrumpía en esta sublime exclamación "¿quien me librará de este cuerpo de muerte?" era su propio altruismo el que hablaba indignado de su propio egoísmo. Pero ninguna frase suya pinta mejor ese terrible combate en una grande alma, que la siguiente: "hago el mal que aborrezco y no hago el bien que amo". La verdadera moral, consiste, pues, en subordinar más y más el egoísmo al altruismo, y nada contribuye tanto á éso como la oración, siempre que se ejerciten en ella los nobles sentimientos sin interés de ningún género. El positivismo nos la prescribe

lo mismo que el catolicismo, para que alcancemos la gracia de la Humanidad, que, como lo que se ha creído la gracia de Dios, no es sinó el predominio del más puro amor en nuestras almas.

AGUSTÍN

Muy bello es lo que usted me dice, pero no puedo convenir en que San Pablo sea el fundador del catolicismo, quedando eliminado el Cristo.

EMILIO

Con todo, esa es la expresión de la verdad. La figura del Cristo desaparece ante la de San Pablo. Sin este apóstol incomparable que en su abnegación se olvidó de sí mismo para formar del Cristo un tipo de suprema virtud, el catolicismo no habría existido tal vez en el mundo, extinguiéndose la secta cristiana en la Judea. Pero desde la conversión de esa gran naturaleza, la secta nacional se transforma en religión universal. Con su amor inmenso abarca San Pablo á todos los hombres, se hace todo á todos, para convertirlos á todos, se dirige á sabios y á ignorantes, á grandes y á pequeños, á judíos y á gentiles y especialmente á estos últimos. En su santo apostolado busca las dificultades; persigue á sus enemigos con sus incansables predicaciones. Su prodigiosa actividad no reconoce límites. Parece increíble que haya podido realizar los viajes que llevó á cabo en su anhelo de salvarlos á todos. Cuando lo expulsaban violentamente de una ciudad, se iba sobre la marcha á otra ciudad donde lo recibían con amenazas de muerte. Nada le intimidaba, ni nada extinguía su ardiente celo. A su indomable energía se juntaba una profunda humildad. No vivo yo ya en mí, mas Cristo vive en mí, exclamaba en su veneración infinita, creyendo copiar de otro el sublime ideal de su propia alma. Pero si los intereses morales se hallaban comprometidos, nadie era tan altivo como él para defenderlos. De ahí que cuando el débil San Pedro, á quien San Pablo reconocía como gefe á pesar de serle tan superior de espíritu, de corazón y de carácter, se separa en una ocasión de los gentiles para no descontentar á los judíos, el grande apóstol no vacila en reconvenirlo públicamente. Su amor á la unión era tan fuerte, sin embargo, que siempre aconsejaba se miraran todos como miembros los unos de los otros. Y consagrado al servicio de los demás, nunca pensó en sí mismo, llegando á prorrumpir en esta divina exclamación que pinta su alma: "perezca yo con tal que la Humanidad se salve". Eso explica la multitud de conversiones que hizo. Hablaba con más fervor todavía entre sus enemigos que entre sus amigos. Y su palabra de fuego hirió muchas veces hasta el corazón de sus jueces y de sus carceleros. En medio de las mayores tribulaciones y ante la vista de la muerte, era cuando su alma desplegaba todo su esplendor.

Las catorce epístolas suyas que se conservan, son un testimonio viviente que lo acreditan de verdadero fundador del catolicismo. Esta doctrina deriva por entero hasta en sus menores detalles de esas preciosas epístolas. Y en ellas se han formado todas las grandes naturalezas religiosas. San Pablo es sin duda el maestro real de los

católicos que lo reconocen inconscientemente como tal, llamándolo solamente *el apóstol* sin nombrarlo. No hay verdad moral que no esté contenida en sus epístolas y bajo forma tan persuasiva, que los hombres más rebeldes escuchan y se someten. Desde la dirigida a Filemón en que le devuelve convertido un sirviente desertor y donde se respira la más inefable bondad, hasta la escrita á los romanos, en la cual resplandece la más sublime energía para levantar las almas á la virtud, ha recorrido el apóstol todas las situaciones posibles de la vida, indicando el deber en cada una de ellas. Pero hay un pasaje de la primera epístola a los Corintios, que condensa la moral de San Pablo y le asigna el primer puesto entre los católicos muy por encima del Cristo, constituyéndolo en el eterno modelo del verdadero amor. Hélo aquí: "Si hablo el lenguaje de los hombres y de los ángeles, pero me falta la caridad, no soy mas que un bronce que suena ó un címbalo que retiñe. Y si tengo el don de profecía y penetro todos los misterios y la ciencia toda, y poseo toda la fe hasta transportar las montañas, pero me falta la caridad, nada soy. Y si reparto todos mis bienes para alimentar á los pobres y entrego mi cuerpo para ser quemado, pero me falta la caridad, nada aprovecho con eso. La caridad es paciente y benigna. La caridad no es envidiosa ni obra precipitadamente, ni se envanece. Ella no es ambiciosa, ni busca su propio interés, no se irrita, ni piensa mal. No se alegra con la iniquidad, pero se regocija con la verdad. Ella lo tolera todo, lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo. La caridad no morirá jamás."

AGUSTÍN

Acepto la glorificación que ha hecho usted de San Pablo, pero él no obró por sí mismo sinó bajo la influencia de Dios.

EMILIO

En verdad, San Pablo no procedió únicamente gracias á sus propias fuerzas, mas recibió la ayuda de la Humanidad, y no la de Dios como usted cree. Este última expresion no responde á ninguna realidad, significando sólo un concepto del hombre para explicar los fenómenos materiales y morales del mundo, que antes había explicado por los dioses y en un principio por los fetiques. Pero ni los fetiques, ni los dioses, ni Dios tuvieron nunca existencia objetiva, habiendo sido ideados, sucesivamente como tipos. Esas creaciones provisionales de nuestro espíritu, a la vez que espontáneas é indispensables para dirigir el progreso, son reemplazadas hoy, descubiertas ya las leyes naturales que presiden al orden material y moral, por el verdadero Ser Supremo, la Humanidad, que ha velado, vela y velará sobre nuestro destino. Ella es la venerable madre de todos los hombres. Y con élla pueden identificarse y á élla pueden incorporarse todos los que vivan haciendo el bien, porque ella es formada del conjunto contínuo de los seres convergentes. Cualquiera que sea el momento de nuestra existencia, si algo grande realizamos, es debido siempre al influjo de la Humanidad. Este influjo se hace cada vez mayor á medida que avanza el tiempo. De ahí que los muertos gobiernen más y más á los vivos. Al

aparecer San Pablo recibió pues la enseñanza de la Humanidad, y como uno de sus hijos esclarecidos que era, aprendió para ser maestro. En esa alma superior se condensó la religiosidad de los hebreos, el espíritu filosófico de los griegos, y el sentimiento social de los romanos. Faltando al mundo una doctrina que lo perfeccionara moralmente, San Pablo la elabora con un instinto profundo de las necesidades de la época, y la propaga con sublime celo.

AGUSTÍN

Pero si el positivismo suprime á Dios y por consiguiente la inmortalidad del alma y la vida futura, es imposible que cimente la moral.

EMILIO

No sólo la cimenta sinó que la purifica y engrandece. La moral teológica es en el fondo egoísta puesto que está basada en el interés de la salvación personal, aunque todas las grandes naturalezas del catolicismo hayan practicado el deber por amor, siguiendo el ejemplo de San Pablo. Pero la moral positiva es enteramente altruista. Ella se resume en este precioso lema: «vivir para los demás», es decir, para la Familia, la Patria y la Humanidad, los tres órdenes de relaciones necesarias de todo individuo. Y al establecer ese gran principio no ha hecho Augusto Comte más que sistematizar lo que realizaron las nobles almas de los diversos tiempos y países. A pesar de las imperfectas doctrinas provisionales que

rigieron los destinos humanos, el deber fué cumplido siempre desinteresadamente por todos los seres virtuosos que dedicaron su vida al servicio de sus semejantes, olvidados de su persona, siendo así muy superiores al precepto que aconsejaba amar al prójimo como a sí mismo. Sólo un errado concepto de la naturaleza humana ha podido inducir á creer lo contrario. Llevamos en nuestra propia alma los sentimientos de apego, de veneración y de bondad que producen directamente todas las buenas acciones. Esos sentimientos son la fuente efectiva de la moral. Con ellos fué formado el tipo de Dios en todo lo que tuvo de benéfico para el perfeccionamiento de nuestra especie. A juicio de todos los verdaderos católicos, Dios era amor y el amor era Dios. Sobre esa base trataban de alcanzar la unión con Dios, lo que constituía el más alto grado de virtud. En efecto, ello implicaba la represión completa de las malas inclinaciones y el predominio de la benevolencia. Y según nuestra doctrina la perfección moral consiste en la unión con la Humanidad. A fin de obtenerla es preciso domar los instintos egoístas y fortalecer los altruistas hasta que encendidos en el más sublime amor, abarquemos á todo nuestro linaje con el corazón, identificándonos con los seres virtuosos del pasado, del porvenir y del presente. Experimentaremos entonces una gratitud y una bondad infinitas. Ningún mal pensamiento vendrá á turbar la dulce y solemne serenidad de nuestra alma. No concebiremos que se pueda buscar la felicidad fuera del deber, sintiendo honda pena por los desgraciados que se extravían. Volaremos por la senda del bien, consagrando nuestra vida entera al servicio de los demás. Y cuando

llegue la hora de la muerte entregaremos nuestro espíritu á la Humanidad haciendo votos por el triunfo creciente del altruismo.

AGUSTÍN

Confieso que estoy profundamente conmovido con las palabras de usted y nunca habría sospechado que hubiera una doctrina con tan sublime moral. Pero me es penosa la idea de tener que desechar el catolicismo, la creencia de toda mi vida.

EMILIO

No tema usted que le sea preciso romper con el catolicismo para convertirse al positivismo. Esta doctrina suprema que ha surgido en la edad madura de la Humanidad, abarca en su seno á las que han guiado su infancia y su juventud, considerándolas como sus precursores indispensables. Y en efecto, el fetiquismo, el politeísmo y el monoteísmo, no son, si bien se mira, más que las formas preparatorias del positivismo. Así es que los adeptos sinceros de las diversas religiones pasarán sin violencia á la única religión verdadera que las resume todas, reglando personalmente á los individuos y ligándolos entre sí mejor que ninguna, y haciendo converger los tres atributos de nuestra naturaleza, el sentimiento, la inteligencia y la actividad, hacia una destinación tan gloriosa como ineludible, el servicio continuo de la Familia, la Patria y la Humanidad. Para muchas nobles almas del catolicismo debe haber sido mui doloroso,

como lo será para usted, señor Agustín, la terrible secuestración de los que no han profesado esa doctrina, por perfectos que fueran. Cuando el gran filósofo de la Edad Media, Santo Tomás de Aquino, fortificaba su alma en la lectura del incomparable Aristóteles, lo que le permitió escribir su *Suma Teológica*, esa obra tan vasta como profunda, lloraría sin duda amargamente, al no poder incorporar en la Iglesia a su maestro. ¿Qué de angustias no habrán experimentado innumerables santos, suponiendo condenados porque no pertenecieron al catolicismo, al esclavo Epicteto, ese heroico moralista de la desgracia, y al emperador Marco Aurelio, ese sublime moralista de la felicidad? ¿Y cuántos otros servidores de la Humanidad excluidos? El Dante en su veneración por esas almas escogidas, les creó un cielo especial ya que no podían tener acceso en el cielo de los católicos. Pero tan triste situación desaparece gracias al positivismo, y nos es dado ahora ponernos en comunión, sin escrúpulo de ningún género, con todos los seres virtuosos, con todos los benefactores del linaje humano. Nuestra simpatía atraviesa los siglos y envuelve al planeta entero. Así cuando nos encontramos, quinientos años antes de que se fundara el catolicismo, con Confucio, el padre moral de la civilización china, lo amamos y respetamos profundamente. Y quién podría permanecer indiferente delante de ese espíritu superior, que dió tan bellos consejos, los que se hallan como resumidos en estas sublimes é imperecederas palabras suyas: "El amor puro que recomiendo es una afección constante de nuestra alma, un movimiento conforme á la razón, que nos desprende de nuestros propios intereses, nos hace abrazar a la Huma-

nidad entera, mirar á todos los hombres como si no formaran más que un cuerpo con nosotros y no tener con nuestros semejantes más que un mismo sentimiennto en la desgracia y en la prosperidad. Aquél á quien anime esa piedad puede trabajar en su propia elevación y buscar el brillo de las grandezas, pero al mismo tiempo tratará de levantar con sus consejos y sus socorros al infortunado que por su debilidad ó la oscuridad de su nacimiento está abatido ó al que los reveses de la fortuna han derribado. Si penetra en el conocimiento de las cosas, no sufre que los otros yerren ciegamente vencidos por los trabajos y las dificultades. Los ayuda, los sostiene, allana la ruta delante de ellos, los arranca á las tinieblas de la ignorancia y del error y los conduce al santuario de las ciencias. Cuando esa piedad haya establecido firmemente su imperio en todos los corazones, el universo no será más que una sola familia; todos los hombres vivirán como un solo hombre: y por el feliz acuerdo de los grandes, de la clase media i de los artesanos, la Humanidad entera parecerá una sola sustancia.»

AGUSTÍN

Siento que mi corazón se hace positivista al ver que en la nueva doctrina puedo seguir venerando á mis maestros católicos.

EMILIO

Y no crea que yo les venero menos que usted. Los grandes hombres del catolicismo serán siempre los tipos más bellos de servidores morales de la Humanidad.

Ellos estaban animados de un santo celo que los hacía emprender la conversión de todas las almas. El gran San Pablo ha tenido una serie innumerable de imitadores suyos entre los cuales veo descollar á San Agustín, el hijo de las lágrimas de Santa Mónica; á San Bernardo, que gobernó el mundo desde su celda aconsejando á los papas y á los reyes; á San Francisco de Asís, el más humilde de los grandes santos; á Santo Domingo, el impetuoso adalid de la virtud, fundador de la célebre orden de predicadores y que dió á la Francia el gran rey San Luis por la influencia que ejerciera en su madre Blanca. Todos los días de su vida recordó ese rey este enérgico y sublime consejo de su madre: «Quisiera verte muerto antes que cometer un pecado mortal.» En el siglo diez y seis cuando parecía que el catolicismo marchaba á su ruina por la relajación interna de que adolecía y los embates del protestantismo, se levanta San Ignacio de Loyola, el santo de más carácter que haya existido, funda su célebre Compañía, modelada sobre el valor heroico, la alta prudencia y la perseverancia invencible de su propia alma, y sostiene la religión en medio de la más espantosa anarquía hasta la aparición del positivismo. A la mayor gloria de Dios, fué la consigna que dió San Ignacio á su milicia sagrada, y la hizo marchar á la nueva conversión del mundo. Sus discípulos se desparramaron por todas partes, sobresaliendo en especial San Francisco Javier, el apóstol de las Indias, que en su ardiente proselitismo se veía de antemano en sueños, llevando á cuestas un habitante de esas regiones. A la mayor gloria de la Humanidad, sería la consigna que diera hoy San Ignacio á sus fieles soldados si le fuere posible resucitar,

y su ilustre Compañía haría grandes conversiones al positivismo. La misma consigna darían también á todos los sostenedores actuales del catolicismo su fundador San Pablo y San Agustín y San Bernardo y San Francisco de Asís y Santo Domingo y demás gloriosos santos si pudieran revivir en nuestra época,

AGUSTÍN

A pesar de eso, me parece mui difícil la empresa de regenerar el mundo, por los progresos que ha hecho la impiedad.

EMILIO

No es tan difícil como usted piensa. Unos cuantos hombres poseídos del noble anhelo de servir moralmente a la sociedad, bastarán para llevarla a término. Ellos serán apoyados luego por todas las naturalezas honradas que son más numerosas de lo que se cree, si bien están ahora descaminadas por falta de una doctrina capaz de dirigirlas. Y la mujer, ese elemento indispensable de toda verdadera reforma, les prestará el irresistible apoyo de su abnegado corazón. En menos tiempo del que puede imaginarse desaparecerán los síntomas característicos de la terrible enfermedad social de nuestra época, el corruptor diarismo y los inmorales teatros. Nadie querrá ejercer el indigno oficio de escritor anónimo ni la degradante profesión de cómico en presencia de una opinión pública positivista. Y no sólo se abolirán espontáneamente los diarios porque no habrá quienes los lean ni quienes los escriban, y se cerra-

rán los teatros por falta de espectadores y de actores, sinó que veremos también cesar la multitud de producciones impuras con que se profana el maravilloso invento de Gutenberg. Pero la reconstitución abarcará la existencia toda de la sociedad. El mundo dejará de ser un vergonzoso campamento militar en que las naciones se adiestran innoblemente para la guerra, ese crimen de lesa Humanidad en el presente. Y la Francia será la primera en dar el ejemplo del desarme general. Al lado del edificio material de nuestro siglo en que el hombre ha mostrado su poder sobre la naturaleza, recorriendo los continentes por encima de los rios y al través de las montañas con los veloces ferrocarriles, surcando los mares en todas direcciones, á pesar de los vientos, con los enérgicos vapores, iluminando las ciudades con la electricidad, poniendo en comunicación instantánea el planeta entero con el telégrafo, abriendo el istmo de Suez para acortar la vía de Europa al Asia y emprendiendo en este momento la unión del Atlántico con el Pacífico por Panamá; al lado de ese edificio se levantará otro edificio más grande aún, el edificio moral, en que el hombre muestre á su vez el poder que tiene sobre sí mismo. El amor á la Familia, la Patria y la Humanidad, guiará la vida entera de todos los individuos, haciendo concurrir sus sentimientos, sus pensamientos y sus actos al servicio continuo de esos tres seres. Quienquiera que trabaje teórica ó prácticamente, siempre los tendrá presentes en su alma y nada realizará que no sea en beneficio de éllos. La industria, la ciencia y el arte se consagrarán á mejorar y embellecer solamente nuestra existencia, sin que se elaboren jamás sustancias no-

civas, ni se investiguen cuestiones inútiles, ni se idealice la impureza. Y los hombres de todas las condiciones se juntarán á menudo como hermanos en los solemnes templos positivistas, para escuchar la voz augusta y persuasiva del deber en medio de los esplendores de la pintura y la escultura y bajo la influencia de la más sublime música. No es posible dudarlo, la Humanidad ha de ser amada y servida fielmente por todos sus dignos hijos de generación en generación.

AGUSTÍN

¿En qué forma representa el positivismo a la Humanidad?

EMILIO

El catolicismo había encontrado ya esa representacion en el ideal de la Virgen María, de quien la pintura ha hecho tan bellas imágenes. Ese tipo prevaleció insensiblemente en los corazones sobre el Cristo, bajo la influencia del culto de los caballeros por la mujer. De las grandes naturalezas sacerdotales, fué tal vez San Agustín el primero que acordándose, sin duda, de su santa madre, glorificó á la Virgen María. Pero el más grande de sus adoradores es el incomparable San Bernardo. Su vida entera la pasó contemplando ese dechado de todas las perfecciones, sin que formara un solo pensamiento, ni dijera una sola palabra, ni ejecutara un solo acto que no pusiera bajo su amparo. Creía que nadie podía ser virtuoso faltándole la santa protección de la Virgen, que ahuyenta las malas pasiones y da fuerzas

para llegar al bien. Su ternura y su veneración hacia élla eran tan profundas, que oficiando un día en el templo le dirigió arrebatado de amor esta sublime exclamación, repetida después por todos los fieles: ¡¡Oh clemente! ¡oh piadosa! ¡oh dulce Virgen María!!. Desde San Bernardo, el culto de su ídolo constituye el alma del catolicismo. Y todos los ataques de la impiedad no han podido destruir esa inmortal creación por medio de la cual representa ahora el positivismo á la Humanidad, convirtiéndola en la Utopia de la Virgen Madre. Las almas susceptibles de comprender por su índole altruista, que sin la castidad es inaccesible la completa virtud, no tardarán en rendir homenaje á ese ideal del verdadero amor, sacudiendo el vergonzoso yugo de la impureza y de la soberbia, que la anarquía actual pudiera haberles impuesto. El positivismo se resumirá eternamente en la Utopia de la Virgen Madre, que encarna la más alta perfección á que debe aspirar el hombre. Ella estará simbolizada por una mujer de treinta años irradiando una dulzura infinita y con su hijo en brazos. La comunión eucarística que tanto ha perfeccionado los corazones bajo el catolicismo, es reemplazada ahora por la identificación virginal que los perfeccionará más aún bajo el positivismo. Pero si queremos alcanzarla, habrá que vencer todos los egoísmos de nuestra alma con la ternura, la veneración y la bondad, esos tres preciosos atributos que en la plenitud de su desarrollo forman la Humanidad en la Utopia de la Virgen Madre. Este tipo supremo de la virtud sin tacha tendrá su fiesta especial á la manera de la misa católica. Reunidos los fieles positivistas en los diversos templos, se elevarán

bajo la dirección del sacerdocio á la pureza virginal, arrobados en el más sereno altruismo.

AGUSTÍN

Cuanto más me descubre usted la gran doctrina, mayor es mi admiración. Permítame todavía otra pregunta. ¿El sacerdocio positivista será soltero, sin duda, como el católico?

EMILIO

No, señor; será casado, porque el hombre necesita de la influencia de la mujer para llegar á la perfección moral. En efecto, el sexo amante, en su condición de madre, de esposa y de hija, es la providencia que ilumina nuestros corazones despertándonos los más nobles sentimientos. Y de él han recibido los grandes sacerdotes católicos todas sus sublimes inspiraciones, adorando a la Virgen María, esa bellísima idealización de la mujer, que ha sido madre, esposa é hija de todos ellos. La concepción positiva del matrimonio lo autoriza hoy á los guías morales de la Humanidad y se lo exije aún. Esa institución no tiene por fin el procrear como se ha creído por tanto tiempo, sinó el perfeccionamiento recíproco de los esposos. Ella es, en verdad, la más dulce y completa de las amistades. De ahí que la unión casta é indisoluble por la muerte de uno de los conyuges, sea el tipo ideal del matrimonio según el positivismo. Y esta nueva forma de esa institución tiene sus antecedentes muy antiguos. En el precioso libro de Tobías existen ya los gérmenes del matrimonio casto. San Agustín,

esa naturaleza tan virtuosa después de haber sido tan viciosa, lo proclama la más bella unión de dos seres. Y entre otros casos, son memorables en la historia estos dos ejemplos de matrimonio profundamente afectuoso, libre de la menor impureza: el de la emperatriz santa Pulqueria con ~~Teodosio~~ Marciano, y el del rey Eduardo con Edita. Apoyándose, como siempre, en todo lo que la Humanidad ha pensado y realizado de noble y sublime, el positivismo establece ahora la norma conyugal de las naturalezas más altruistas, que se esforzarán en seguir particularmente los sacerdotes. Pero el matrimonio casto no ès sólo un alto ideal, sinó que él ofrece además la única solución de cierta grave dificultad del presente. Es incuestionable que un cuarto por lo menos de la población humana, á causa del decaimiento de su salud, ocasionado por la anarquía, no debiera tener hijos. El materialismo ha indicado como remedio la prohibición del matrimonio a los que se hallaren en ese número. Mas ello se prestaría por una parte a mil abusos y condenaría por otra á soledad moral á muchas almas. Sólo el matrimonio casto practicado voluntariamente por deber social, satisfaría la necesidad de afecto íntimo, sin que nacieran seres enfermizos por una fatal herencia.

AGUSTÍN

¡Qué sublime naturaleza debe haber sido el fundador del positivismo, pues todo lo ha previsto!

EMILIO

Cuanto se diga en elogio de Augusto Comte, nunca podrá recompensar los servicios que ha hecho á nuestro

linaje. Hallábase el mundo en anarquía mental y moral á causa del agotamiento de la teolojía y de la esterilidad de la ciencia. El ilustre de Maistre creía, ante esa triste situación, que el catolicismo iba á regenerarse enteramente ó que una nueva religión surgiría. Anunciaba, por otra parte, en su conocimiento de las necesidades de la época, que tal vez habría nacido ya el hombre egregio que debía hermanar para siempre la religión y la ciencia, tan opuestas hasta entonces. Y en verdad, Augusto Comte, el llamado á realizar esa tarea suprema, nació el diezinueve de enero de mil setecientos noventa y ocho. La profundidad de su espíritu es igual á la alteza de su corazón y á la enerjía de su carácter. Muy joven aún, empieza á meditar con toda su alma sobre la reorganización social. Publica varios trabajos en que emite preciosas ideas á ese respecto, entre otras la necesidad de un poder espiritual positivo. Mas sintiendo que era menester fundar la doctrina en que se basara ese poder, se consagra en seguida, con una perseverancia y una abnegación sin ejemplo, á tan colosal empresa. Penetrado de la augusta conciencia del deber que inspira siempre las grandes cosas, arrostra el desdén de sus contemporáneos y vive en la miseria por servir á la posteridad. En doce años de incesante labor, construye su Sistema de Filosofía Positiva que transforma el saber humano de su triste desconcierto en ún todo compacto y armónico. Las ciencias elaboradas en el curso de la historia por tantos espíritus eminentes, quedan dispuestas en este orden jerárquico: matemática, astronomía, física, química, biología y sociología, habiendo sido fundada la última por el propio Comte. [illegible]

Después de ese asombroso trabajo que bastaría por sí solo á su inmortalidad, se prepara el grande hombre a seguir desarrollando su doctrina, cuando tiene la suerte de conocer á Clotilde de Vaux. Esta noble mujer, dotada de un alma tan pura como tierna, despierta en el corazón del maestro el más sublime de los amores. Iluminado por ese santo afecto, engrandece Augusto Comte el positivismo. Surge en su espíritu el dogma de la Humanidad, bajo el cual comprende á todos los seres pasados, futuros y presentes que convergen al bien. Agrega á la clasificación de las ciencias la moral, subordinando á ésta todas las otras. Desde entonces la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología se hallan ennoblecidas por su destinación. Ellas no son ya mas que el camino para llegar a la ciencia de los deberes. El genio del maestro continúa subiendo hasta que funda por una visión suprema la religión final que armoniza la existencia entera de la sociedad dirigiendo los sentimientos, la inteligencia y la actividad con el culto, el dogma y el régimen normales. Todo eso se halla contenido en el Sistema de Política Positiva, *instituyendo la religión de la Humanidad*, la obra por excelencia del maestro, con la cual queda cerrada la anarquía, cumplida la profecía que hizo de Maistre y establecida la base indestructible del poder espiritual.

Pero Augusto Comte, en su ardor infatigable, emprende todavía la elaboración de la última parte de su gran trilogia. Por desgracia la muerte lo detiene el cinco de setiembre de mil ochocientos cincuenta y siete, cuando sólo había terminado el primer tomo de la Síntesis

SUBJETIVA ó *sistema universal de las concepciones propias al estado normal de la Humanidad.* Ese tomo encierra la filosofía matemática; los otros debían comprender la moral positiva y la industria positiva. Ageno a todas las preocupaciones del presente y habitando una tumba anticipada, como él lo dice solemnemente, escribe su SÍNTESIS para la posteridad. Las profundas ideas que ahí se encuentran guiarán á nuestros descendientes. Convertida la matemática en la verdadera lógica, que según la admirable definición del maestro, consiste en el concurso normal de los sentimientos, de las imágenes, y de los signos; para formar las concepciones que convengan á nuestras necesidades materiales, intelectuales y morales, ella será el cimiento obligado de toda la educación. Y las ciencias se clasificarán según un orden ternario en vez del seteno, quedando la Lógica en primer lugar; teniendo el segundo la Física, comprendidas bajo esa denominación la astronomía, la física y la química; i ocupando el tercer lugar, la biología, la sociología y la moral, con el solo nombre de Moral. A esas tres ciencias les corresponden tres dominios respectivos: el Espacio, la Tierra y la Humanidad, de quienes hace el maestro la trinidad positiva que envuelve por completo nuestra existencia. Ejercítanse particularmente en cada uno de esos dominios, la inteligencia, la actividad y el sentimiento, aunque todo converge al Gran Sér, la Humanidad, centro supremo de las almas.

Tal es la obra de Augusto Comte, ese genio sin igual, que poseyó maravillosamente hermanados el espíritu de Aristóteles y el corazón de San Pablo.

AGUSTÍN

Yo lo venero ya como al más grande de los hombres, lo reconozco por el verdadero maestro y me preparo á estudiar concienzudamente su doctrina.

EMILIO.

La rápida adhesión de usted, señor Agustín, al positivismo, revela su profundo instinto del bien.

AGUSTÍN

Me despido de usted, señor Emilio, declarándome su hermano en la religión de la Humanidad y agradeciéndole con toda el alma que me haya hecho ver la luz.

TERCERA PARTE

AGUSTÍN *(solo)*

¡Qué día tan solemne de mi vida! He cambiado de doctrina casi sin saberlo, arrastrado por la grandeza moral que envolvían las palabras del señor Emilio. Era católico y ahora soy positivista... Pero á pesar de la profunda emoción que experimento, no me turba ninguna inquietud. Me parece oír el coro unánime de todos los Santos que me estimulan á perseverar en la nueva vía religiosa á fin de que contribuya con mi parte de labor al perfeccionamiento de nuestra especie... Ya no es dable preocuparse con la salvación personal, porque la voz imperiosa del deber nos llama á vivir para los demás. Y recordando el heroísmo de tantos obreros de la Humanidad, me siento ímpetus de seguir su ejemplo... ¡Qué satisfacción sería para mí el poder asociar á todas las almas sinceras en el positivismo! Ciertamente, la impiedad tiene que desaparecer ante esa sublime doctrina que santifica el corazón, ilumina el espíritu y fortalece la voluntad. El egoísmo será al fin vencido por ella... Con-

fío en que todos los verdaderos sacerdotes católicos han de profesarla cuando la conozcan. Mas si por conceptos erróneos se mantuvieren alejados del positivismo y censuraren mi conversión, no por eso dejaré de servir con todas mis fuerzas la santa causa de la Humanidad. Lloraré el no tenerlos por compañeros en la religión que viene á salvar la sociedad de la profunda anarquía en que yace, conduciéndola á un glorioso destino. Su ciega censura no hará sino darme alas para cumplir con mi deber. Y seré feliz trabajando por la felicidad de nuestros descendientes.

LUISA *(llega)*

Hermano Agustín, ¿qué resultado ha tenido la entrevista con el señor Emilio?

AGUSTÍN

Te vas á sorprender al saberlo. Yo me he convertido á sus ideas.

LUISA

Mas ¿qué ideas son esas? Por cierto que serán católicas.

AGUSTÍN

No, hermana mía, pero son mucho más bellas todavía. La doctrina que hemos profesado hasta ahora es reemplazada por otra muy superior. Llámase positivismo ó religión de la Humanidad.

LUISA

¿Es posible, hermano mío, que hayas abandonado el catolicismo?

AGUSTÍN

He tenido, hermana mía, que cumplir con el deber de profesar una doctrina cuya moral es más perfecta que la católica; y si tú hubieras asistido á nuestra entrevista, estarías conmigo, pues conozco demasiado tu noble corazón.

LUISA

Yo no puedo, hermano mio, dudar de tí, aunque me será muy doloroso cambiar de religión.

AGUSTÍN

No lo creas, hermana mía. Al pasar del catolicismo al positivismo, tu alma se mantendrá serena, sin que la agite ningún sacudimiento penoso. Cuanto hay de grande en la religión antigua se halla en la nueva. El culto á la Virgen que resume el catolicismo, y al cual eres tú tan afecta, forma la esencia del positivismo. Esta santa doctrina que viene á realizar el paraíso en la tierra, hace del amor casto la suprema perfección á que debemos aspirar, y lo idealiza en la sublime utopia de la Virgen Madre que ha de guiar todos nuestros pasos, alejándonos siempre de la impureza.

LUISA

Hermano mío, basta lo que me has dicho para serenarme por completo. Te seguiré animosa en la nueva religión.

CARLOS *(llega con Isabel)*

Venimos impacientes por saber el desenlace de la entrevista.

AGUSTÍN

Ya estamos todos reunidos en la religión de la Humanidad.

ISABEL

A pesar de mis inquietudes, yo lo presentía.

CARLOS

El positivismo va á ser profesado entonces por todos los que quieran encaminarse á la verdadera virtud. Después de la conversión del señor Agustín, no cabe duda que las almas nobles del catolicismo imitarán su ejemplo. Pero mi conversión es mucho más decisiva aún. Yo he sido como la encarnación del libre pensamiento. Mi irreligiosidad no podía ser más profunda. En mi pérdida completa de la veneración, no sabía respetar ni á las personas que más amaba y las hería á menudo sin comprenderlo. Pero la religión demostrable me ha sacado de un abismo de inmoralidad en que yacen hoy tantos espíritus inconscientemente. Y mi transfor-

mación me persuade de que todos los libres pensadores que conserven aún los gérmenes del bien se harán positivistas. Ahora debo implorar el perdón de Luisa por la irreverencia en que he envuelto el tierno afecto que le profeso. Y no estaré tranquilo y libre de todo remordimiento hasta que me lo conceda.

Luisa

Ya está concedido. Y la regeneración de un alma tan endurecida en la impiedad, me hace mirar como la religión más santa al positivismo.

Agustín

ı lo has juzgado, hermana mía. El positivismo vie-
antificar la tierra, lo que no pudo conseguir el ca-
no por la destinación egoísta de la salvación
l que daba á la vida humana. La verdadera vir-
iste en vivir para los demás, para la Familia, la
la Humanidad, no por interés, ni por temor,
leber, por amor. En eso estriba la felicidad de
lmas nobles. Tal fué siempre, en el fondo, la
las bellas naturalezas en las diversas reli-
an existido. Y así procedieron á pesar de su
ctrina, los Santos católicos, esos valientes
paz y el bien que ardían en los más gene-
ntos. La religión de la Humanidad ha de
la concordia en el planeta entero, unien-
ueblos con la misma fe, haciendo triunfar
vida privada y en la vida pública, y su-

bordinando la ciencia, la industria y el arte á la moral altruista. El más grande de los profetas hebraicos, el sublime Isaías, presintió en medio de las continuas guerras de su pequeño pueblo, la obra gloriosa de la paz universal que realizará el positivismo. He aquí las palabras que encierran la aspiración de su alma, bajo la forma teológica indispensable de la época: "El (Señor) juzgará las naciones y convencerá de error á muchos pueblos y transformará sus espadas en puntas de arado y sus lanzas en haces. Ya ningún pueblo sacará la espada contra otro pueblo ni se ejercitarán en combates." ¡Qué ardiente apóstol del positivismo sería ese profeta, si le fuera dado renacer, y cómo fulminaría los inmorales *Te Deums* con que el catolicismo celebra las guerras nefandas de nuestro tiempo, que perjudican más aún al vencedor que al vencido!

Isabel

¿Quién se negará á profesar tan sublime doctrina?

Agustín

Nadie, Isabel, así que ella tenga servidores que la propaguen como es debido, convirtiendo á todas las almas honradas ó susceptibles de serlo. Y si las doctrinas que la han precedido hallaron siempre, á pesar de sus defectos, nobles naturalezas que las sostuvieron en beneficio de la sociedad, ¿qué no pasará con la que es tan perfecta que puede conducir á nuestra especie á sus más gloriosos fines? El positivismo ha de encontrar, pues,

los más valientes y sublimes apóstoles que lo lleven de un confín del mundo al otro, para establecer una completa, y eterna armonía, con un perfeccionamiento incesante, en la Familia, la Patria y la Humanidad.

CARLOS

Tal vez sea difícil la formación de esos grandes apóstoles, porque los hombres están ahora descaminados por cierto espíritu teatral que les hace buscar los aplausos efímeros, olvidando la persuasión de la verdad i la virtud.

AGUSTÍN

Reconozco que esa enfermedad moral se ha desarrollado tanto, que invade á la misma religión católica en que la mayoría de los sacerdotes declaman hoy en vez de predicar. Pero, con todo, el positivismo ha de reconstituir á muchas almas encendiendo en ellas el santo celo de purificar y enaltecer corazones. La sinceridad se abrirá entonces paso por en medio de los artificios, y el mundo escuchará sólo á sus leales servidores que lo encaminarán siempre por la senda del bien.

CARLOS

Tiene Ud. razón. Todo se debe esperar de una doctrina tan perfecta. Y es mui posible que haya muchas naturalezas aptas para propagarla dignamente que se

encuentran todavía envueltas y sofocadas por la tremenda anarquía actual.

AGUSTÍN

En cuanto á nosotros, debemos unirnos estrechamente con el señor Emilio, que ha sido nuestro guía, para servir con todas nuestras fuerzas la santa causa. Y á fin de que nuestros lazos sean más sólidos, me parece que han de celebrarse dos matrimonios. El uno entre dos almas que se conocen y se aman desde hace mucho tiempo, y el otro entre dos almas que creo nacidas para fundirse en la mas perfecta armonía.

CARLOS

Yo me consideraré muy feliz siendo el esposo de Luisa. Pero mi hermana Isabel se ha conmovido profundamente al ver descubierto su secreto.

AGUSTÍN

Yo que he sido su confesor no podía menos de adivinar que su corazón sediento de virtud se fijaría en el señor Emilio, esa naturaleza moral tan eminente.

ISABEL

Pero, ¿cómo se atreve Ud. á disponer también del corazón del señor Emilio?

AGUSTÍN

Porque lo conozco, Isabel, así como el vuestro después de la entrevista que hemos tenido. El señor Emilio es un hombre superior que se revela por completo en sus palabras tan sinceras como nobles. Todo en su persona es sencillo y grande á la vez. Apenas se habla con él, cuando ya se le considera como un antiguo y fiel amigo que inspira igual confiaza que respeto. Su corazón no tiene rodeos ni misterios; camina rectamente al bien. El señor Emilio, posee en fin, esa fuerza virtuosa muy difícil de alcanzar, que trae á los descarriados á la vía del deber, los mantiene en ella y los impulsa á correr por ella. Un alma de ese temple ha de haber comprendido la bella alma de Ud., Isabel.

ISABEL

El señor Emilio es demasiado perfecto para mí.

AGUSTÍN

Esa modestia la realza á usted, Isabel, y la hace más digna todavía de él. Pero vamos á salir de dudas, porque el señor Emilio llega en este momento.

EMILIO

Salud en la Humanidad.

AGUSTÍN

Bienvenido y muy á tiempo para resolver una cuestion.

ISABEL

Retirémonos, Luisa, porque nuestra presencia no es necesaria.

AGUSTÍN

Serénese, Isabel, y permanezca con nosotros, que en la familia positivista no debe haber secretos. Señor Emilio; usando de mis antiguas atribuciones de padre espiritual, me he permitido indicar dos matrimonios destinados á fortalecer nuestra unión religiosa: el de Carlos con mi hermana Luisa y el de usted, con Isabel. Pero esta amiga se resiste á creer posible el último y cree que el corazón de usted aspira más alto.

EMILIO

La mayor felicidad que concibo es la de tenerla por compañera de mi existencia. Con su apoyo moral estaría tranquilo y alegre en las más terribles dificultades. Me parece que inspirado por tan noble esposa sería capaz de prestar grandes servicios á la Humanidad.

AGUSTÍN

Pero, Isabel, ¿usted llora?

ISABEL

Me vence la emoción.

EMILIO

De rodillas os ofrezco mi corazón para siempre, ángel digno de ser adorado.

ISABEL

Lo recibo y os entrego el mío eternamente.

AGUSTÍN

La bendición de la Humanidad está con nosotros.

EMILIO

Veo levantarse ya el glorioso porvenir de nuestra especie. La alianza indisoluble de todas las almas religiosas en la fe positiva, fundada por Augusto Comte, extirpará hasta en sus últimas raices el escepticismo y la impiedad del presente. Todo se doblegará ante las prescripciones de los deberes altruistas, las relaciones de los individuos dentro de la Familia, las relaciones de las familias dentro de la Patria, y las relaciones de las patrias dentro de la Humanidad. Reinará en el planeta entero la santa concordia, esa eterna aspiración de las grandes naturalezas desde los primeros siglos. La Tierra será el Cielo de todas las almas virtuosas. El progreso basado

en el orden crecerá de edad en edad. Y los vivos adorarán cada vez más á los muertos bajo cuya providencia infinita se mejora de día en día su condición material y moral, avanzándose sin cesar á la perfecta unidad del amor, simbolizada en la utopia de la Virgen Madre.

FIN.